



“...TE COMPADECES DE TODOS, PORQUE TODO LO PUEDES” (SAB, 11,23).

Escrito semanal, el 6 de diciembre

El amor gratuito de Dios para con los pecadores no se manifiesta tanto en la justicia, como en su infinita misericordia. Ya el profeta Jeremías había definido a Dios como aquel que “emplea la misericordia”; para la carta a los Hebreos, Jesús es, por excelencia, “el misericordioso y fiel” (2,17). Él ha dirigido sus cuidados sobre todo a los enfermos. Impresionan las palabras del Señor “Id y aprended qué sentido tiene: *Misericordia quiero y no sacrificio*; pues no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores” (Mt 9,13). Ante el estilo de vida que Jesucristo inauguró, a punto de abrirse la Puerta Santa del Año de la Misericordia, pienso que nosotros debemos seguir el ejemplo de Jesús: no juzgar a nadie; por el contrario, la benevolencia para con todos debería ser “el pan nuestro de cada día”.

Se nos llama a ser misericordiosos, pues en el Reinado que ha traído Cristo alcanzarán misericordia precisamente los misericordiosos. Ahí tenemos siempre sin estrenar *las obras de misericordia, unas corporales, otras espirituales*. Así las conocemos y todas se dirigen a hacer el bien a nuestros hermanos en la totalidad de su ser. Parece claro, pues, que, delante de Dios “quien no practique la misericordia, tendrá un juicio sin misericordia. La misericordia, en cambio, triunfa sobre el juicio” (Sant 2,13). En realidad es un proceso bien sencillo: nosotros acogimos la misericordia con la salvación de Cristo, la entregamos queriendo bien a todos, y la poseeremos, al fin en la eternidad, después que venga el Señor.

Sintamos que estamos en Adviento y en este tiempo litúrgico debemos mirar a Jesucristo como miramos a Dios: pensando que Él es el juez de vivos y muertos. A la vez, hemos de estimar bastante más nuestra salvación que Cristo no ha conseguido, pues parece como si careciera de importancia. Porque si estimamos poco a Cristo, poco será también lo que esperamos recibir. Aquellos que, al escuchar sus promesas, creen que se trata de dones mediocres pecan, y nosotros pecamos también si desconocemos de dónde fuimos llamados, quién nos llamó y a qué fin nos ha destinado, de manera que llegamos a menospreciar hasta los sufrimientos que padeció por nosotros.

¿Con qué pagaríamos al Señor o que fruto le ofreceríamos que fuera digno de lo que Él nos dio? ¿Cuántos son los dones y beneficios que le debemos? Él nos otorgó la luz, nos llama, como un padre, con el nombre de hijos, y cuando estábamos en trance de perecer, nos salvó. ¿Cómo podremos, pues, alabarlo dignamente o cómo le pagaremos todos sus beneficios? Impresiona lo que decía el poeta cristiano Prudencio (+405) en su himno *Iam coeca*, que se usa en la liturgia de la Encarnación del Señor: “La fuerza ciega de los mortales, venerando fábulas vacías, tenía ya por Dios al bronce, al frío mármol y a la madera”. Nuestro Dios es distinto: “...pasas por alto los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; pues, si odiaras algo, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo, si tú no lo quisieras?, o, ¿cómo se conservaría, si tú no lo hubieras llamado? Pero tú eres indulgente (=misericordioso) con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida” (Sab 11,23-26).

Nuestra vida entera, sin la salvación de Cristo, no era otra cosa que una muerte. Envueltos y rodeados de oscuridad, nuestra vida estaba recubierta de tinieblas y Cristo quiso que nuestros ojos se abrieran de nuevo y así la nube que nos rodeaba se disipó. Es lo que ocurrió cuando aconteció la Navidad y, sobre todo, cuando nos llegó la vida nueva de la Pascua. Pensando en todo esto, ¿cómo no abrir nuestra misericordia hacia los demás y salir a todas las periferias, como quiere el Papa Francisco?

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

ABRIR NUESTRO TIEMPO A DIOS

Escrito semanal, el 20 de diciembre

Algo de esto significa la Navidad: abrirnos a su amor y recibir la visita del que no cabe en los cielos; y estar seguros de que esta hermosa realidad afecta profundamente a nuestra alegría de hijos de Dios, de manera que dejemos de ser el centro nosotros para que lo sea Jesucristo y los demás. Pido ardientemente al Padre de los cielos esta gracia para todos vosotros, queridos hermanos diocesanos: los tristes, los enfermos, los mayores, los que sufrís, los fieles laicos, las Hermanas contemplativas y los demás consagrados, los diáconos y los presbíteros. Y os doy a todos las gracias por tanta oración que habéis hecho por mí, en la enfermedad reciente. ¡Os he sentido tan cerca! Dios os lo pague, que sabrá hacerlo mejor que yo.

Este tiempo previo a la Navidad es ocasión de silencio, de buscar un tiempo para orar, no sea que la fiesta cristiana se nos esfume de entre las manos. Tantos los catequistas, como cuantos ayudáis a llevar adelante grupos o movimientos cristianos, pensad si el Jesús que nace es el centro de vuestros chicos y chicas; los que visitáis enfermos y cuidáis de los más necesitados, no tengáis miedo de hablarles del Niño Dios, pues ellos lo esperan, aunque tengan también necesidad de cariño o de ayudas materiales; los voluntarios de Caritas u otras instituciones de amor cristiano solidario, dadles también de vuestra alegría y paz que Jesús ha traído; vecinos cristianos, sed buenos vecinos con vuestros vecinos, aunque no os acepten por ser discípulos de Cristo, no importa; hermanos sacerdotes, comenzad cuanto antes el anuncio y la acogida de los vuestros con la misericordia del Señor, disponibles para ellos en el diálogo pastoral y en el sacramento de la reconciliación.

En este tiempo previo a la Navidad, en concreto el día veinte, cumpliré 28 años como obispo. No es fecha que yo pueda olvidar, pues, junto a una acción de gracias por tamaño don, todavía no sé por qué el Señor quiso que fuera sucesor de sus Doce Apóstoles. Pero estoy feliz, como antes lo estuve en Valladolid, Salamanca y Osma-Soria. Ahora os pido que me sigáis ayudando a que esta Iglesia de Toledo sea el Cuerpo de Cristo, y por ello visibilidad de Jesús para los que están alejados de la comunidad cristiana y punto de reflexión cuantos no se sienten cristianos o sencillamente no están bautizados. Es tiempo también de felicitar a los que, en este tiempo previo a la Navidad, fueron ordenados diáconos o presbíteros de Jesucristo para el servicio del Pueblo Santo.

Sé que muchos apenas descubren el sentido cristiano de la Navidad; hemos de ser nosotros quienes les ayudemos a gozar de esta alegría navideña, que es Jesús. Y hacerlo de manera sencilla, sin avergonzarse, mostrándose amables y dispuestos a contribuir a un mejor ambiente, porque el Señor de la paz ha nacido. No qué decir tiene que en navidad hemos de ayudar de muchas formas a los más pobres y angustiados, sin alharacas, de forma sencilla, como nos mandó el Señor. Hay muchas formas de vivir la solidaridad cristiana, sin publicidad.

Acercaros a la Virgen Madre. Ella es la que mejor conoce a Jesús y el significado de su nacimiento para los seres humanos; con José y los pastores, como más tarde los Magos, Ella se aparta de vivir una Navidad únicamente como festejo -fiestas de invierno, dicen algunos confundiendo!- del que hay que sacar el jugo del espectáculo o el consumismo. No hay que renunciar a la alegría de la Navidad. Existe, pero hay que buscarla y pedirla. De lo contrario, nos pasará lo que a Herodes o los que cerraron sus puertas a María y José. Os deseo a Todos una Feliz Navidad. Rezo por vosotros; hacedlo vosotros por mí.

✱ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

FAMILIA DE FAMILIAS

Escrito semanal, el 27 de diciembre

Existe un dato muy a tener en cuenta por los cristianos: Jesús nació en una familia. ¡Felicidades, familia! Contemplad en el belén esta escena de la Sagrada Escritura: os ayudará a redescubrir con alegría vuestra vocación de padres, madres, esposos e hijos. Cada familia cristiana como hicieron María y José puede acoger a Jesús, escucharlo, hablar con Él, crecer con Él; y así mejorar el mundo, que falta le hace. Una gran misión de la familia cristiana es *dejar sitio a Jesús* que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. Acogerlo en la familia, para que crezca Cristo en vuestra familia.

Pero, ¿no te preocupan las familias que por doquier se rompen, y, además en continuo crecimiento? A mí, mucho. Pienso que a nuestros responsables políticos y sociales no les preocupa tanto el dato, cuando con tanto ahínco han luchado para que se implante el llamado “divorcio exprés”. ¡Ah!, pero sí están preocupados por los asesinatos violentos, masivamente cometidos por varones contra mujeres, esposas, exparejas de hecho, en unión afectiva o divorciadas de ellos. A mí también me preocupan esos asesinatos. Pero no me parece que se los deba denominar simplemente “violencia de género”. Me apena, porque veo que casi lo único que hace nuestra sociedad y, en ella, nuestras autoridades es manifestarse y declarar que hay que endurecer las leyes y la prevención contra estos asesinatos. Me parece bien, pero cuando ha aparecido cómo tratar este problema en los programas electorales de los partidos, me quedo asombrado. ¡Tan poco conocemos al ser humano, hombre y mujer!

Por muy buenas leyes que existan o salgan de nuestros parlamentos, el ser humano es interioridad y poco se puede hacer si no se cambia por dentro. Dice Jesús: “Escuchad y entended todos: nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro: lo que hace impuro al hombre (...) Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, malicias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad” (Mc 7, 14-15, 20-22). Las leyes positivas, ¿pueden sin más cambiar ese corazón? Sinceramente no lo creo; a lo más cohibirán a algunos en sus propósitos asesinos.

La mayor parte de las mujeres que mueren lo son por sus maridos que no las aceptan, las rechazan por no aceptar tal vez sus imposiciones; o por su expareja, o también por el que convivía con ella; frecuentemente la reacción machista tiene su origen en que ella ha pedido la separación. Estupendo que esas mujeres amenazadas lo digan y haya posibilidad de evitar el crimen con nuevos mecanismos de alerta. Pero el problema serio radica en que en esas parejas no ha habido verdadero matrimonio. Dejémonos ya de las zarandajas que la “ideología de género” enturbia. Cuando digo que no hay verdadero matrimonio, no estoy pensando sólo en el matrimonio canónico; también en el civil, ante el representante del Estado. No pienso en otro de tipo de uniones afectivas, donde casi lo único que les une es lo físico, lo genital y poco más.

¿Cómo se puede pensar en una relación personal entre hombre y mujer sin las más elementales disposiciones para vivir en común? Entrar en la vida del otro o de la otra, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueva la confianza, el respeto y el amor; estas cualidades cuando es más íntimo y profundo el afecto, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar. No digamos la necesidad de dar gracias al otro o a la otra por lo que cada uno hace en favor del otro. O pedir con frecuencia “perdón”. Palabra difícil, pero necesaria, para que las pequeñas grietas no sean fosas profundas.

¡Qué necesarias son nuestros centros de Orientación Familiar (C.O.F.)! Yo doy gracias a Dios por el bien que hacen estos centros diocesanos. Sois personas geniales, que utilizáis muy bien la imaginación de la caridad en esta obra espiritual de misericordia: “Dar buen consejo al que lo necesita”. Esa sí es manera de preocuparse de los problemas reales de las personas que forman las familias: hombres y mujeres concretos.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España